

¿Qué sabe el que sabe enseñar?¹

Un estudio exploratorio acerca del saber de los profesores en la escuela secundaria

Los *sine qua non* de la enseñanza

Aquello que *no se puede no saber* para enseñar

¿Qué sabe un profesor? ¿Qué es lo que no puede no saber? ¿Cuáles son sus competencias? ¿Cómo se distingue un profesor que sabe del que no sabe? ¿Cuál es la percepción que padres, colegas, alumnos y la sociedad en general tienen del saber profesoral? Estas son las principales preguntas que formulamos. Como hemos planteado, uno de los objetivos de la investigación consistió en reunir aquellos saberes que para los profesores son prioritarios, ineludibles, lo que no se puede no saber para enseñar mejor. Como veremos en las páginas siguientes, se trata de un conjunto móvil de saberes que van más allá de lo disciplinar pero que son indispensables. En muchos casos no se aprenden ni en el profesorado ni en la academia. Esos saberes tienen formas y localizaciones diferentes pero casi siempre se presentan como *recursos*. El recurso remite a la provisión. Es un bien y una herramienta para la acción. Para enseñar es menester estar provisto. La provisión deseada es múltiple, instrumental, pero también actitudinal.

Saber cómo tratar al otro

¿Qué hay más allá de la disciplina? Otro. Quien aspire a ser reconocido como profesor requiere cierto tipo de educación que excede la mejor de las formaciones iniciales. Mucho de eso que la academia no da (en realidad “nada” lo da), pertenece al mundo vincular y sus numerosas derivaciones.

“Tiene que tener más recursos para cuando empiece, más recursos para trabajar en el aula, dinámica de grupos, recursos para hablar con los padres, porque antes no se hablaba tanto con los padres y hoy en día los padres están presentes en la escuela, en el sentido en que unos los cita o vienen ellos a reclamar y bueno, hay que saber...No es lo mismo un profesor que se presenta de una manera, con cierta firmeza. Hay que tener estrategias para tener una reunión con los padres, con pares, y eso no sale ni del profesorado ni de la facultad, ni nada.” (Docente de Geografía, 5to. año)

En muchos casos, el recurso se asocia directamente a la apropiación de cierto talento fundamental para la aproximación, una predisposición a la apertura, un tacto, un darse cuenta de la situación por la que atraviesa el otro. El tacto, nuevamente, no se aprende en una institución sino que está asociado al uso. Algunos lo califican como cierta “cancha” de la que es posible vanagloriarse.

“Además de la disciplina lo fundamental es el trato con el alumno. El trabajo en grupo, tratarlos bien...” (Docente de Matemática, 5to año)

¹ Se trata del capítulo VI del informe de la investigación del mismo nombre realizado por Luciana Aguilar, Ariel Tófolo, Marcelo Zanelli y Estanislao Antelo en la Dirección de Planeamiento Educativo de Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

“Yo creo que el cuestionamiento pasa por otro lado. Tiene que ver más en cómo armas el vínculo, en cómo lo tratás. Y cuando hay cuestionamiento, uno ya tiene la cancha como para convencerlo de que está totalmente equivocado.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

Por un lado, la situación puede poner al profesor en falta. Consigue protegerse cuando se apropia de herramientas para enfrentar situaciones no previstas. Por otro lado, exige del profesor cierta versatilidad para saber negociar, y saber también cómo, cuándo y de qué manera darle lugar a lo que “pasó”.

“Vos viste, mi forma de hablar no es autoritaria. Ellos saben que yo amo lo que hago, que para mí es muy importante transmitirles lo que sé, y que siempre va a haber un lugar para ellos si es que necesitan que yo me ocupe de alguna otra situación que no tenga que ver con mi materia. Eso no se aprende, eso ellos lo ven diariamente. ‘Profesora tal cosa pasó’, ‘bueno estoy justo en una explicación, termino y vemos’, yo elijo cómo se hacen las cosas. Si les interesa a todos lo que pasó, lo hablamos entre todos, si no, lo hablamos aparte. Eso no se aprende, es darse cuenta que si vos no accedes a algunas peticiones de ellos no podés enseñar nada en absoluto, querés arrancar y a ellos no les interesa. Yo me tengo que abrir hacia ellos y ellos hacia mí.” (Docente de Matemática, Física e Inglés, 2do. y 5to. año)

Otro de los recursos faltantes es aquel que permite al profesor disminuir cierta asimetría o brecha entre el conocimiento de los jóvenes, las formas particulares de habitar el presente y los saberes tradicionales de la corporación profesoral. Es decir que para enseñar mejor es preciso apropiarse de destrezas que permitan la coexistencia de las nuevas competencias que los alumnos ponen en acción en el uso de las tecnologías y los saberes propios de la cultura escolar. Esta búsqueda se traduce en una voluntad de acercar, aproximar, achicar la distancia entre dos mundos diversos.

“Como docente que está seis o siete horas con chicos de trece, catorce años, muchas horas, yo soy consciente de que me vendría bien para mejorar mi práctica docente, mi diálogo con los alumnos, sentirme más tranquila de cómo tratar ciertos temas... Una capacitación o más información sobre estas temáticas que atraviesan a los adolescentes en este momento, por un lado y también me haría falta una capacitación o más información o ideas o formar parte de un grupo, de un equipo, de cómo acercar lo audiovisual, lo tecnológico, el mundo en el que los chicos se mueven como pez en el agua: el mp3, el celular, la red, en todo eso. Ellos nacieron con eso y yo sigo con el lápiz y el papel y el libro blanco y negro. Entonces ¿cómo acercar ese mundo, esa cultura virtual, a la cultura letrada escolar? Para mí, para mí. (Docente de Lengua y literatura, 2do. año).

La capacidad de acercar y de acercarse, se hace más visible cuando lo que está en juego es el afecto. Para acercarse es preciso saber, saber llegar, saber tocar cierta tecla y/o fibra que allana el camino de la relación pedagógica.

“Y los padres (...) yo creo que se desentienden bastante, se desentienden bastante y en última instancia es la educación de sus hijos lo que están dejando de lado. Entonces si vos conseguís llegar a ellos con alguna de todas estas estrategias que se te ocurren en el momento y que van más allá de lo académico, si llegas a tocar eso que necesitás, tocar para que te empiecen a dar bolilla, pueden aprender y muchísimo. Lo afectivo es fundamental hoy en día. Nunca,

nunca tanto lo afectivo como ahora, es impresionante. Terminas siendo como de la familia vos ahora” (Docente de Matemática, 1er., 2do. y 3er. año)

Ese saber vincular no se restringe al afecto, la intuición o al deseo de comprensión. Como sugerimos, la “cancha” reside en un saber actuar en situaciones inesperadas, y si bien ese saber evoca una de las definiciones más ampliamente aceptada del término “competencia”, excede el mundo del “estar preparado para” y combina ciencia con experiencia, experticia vincular con capacidad para poner en funcionamiento distintos recursos que fluctúan entre el universo de las evaluaciones psicológicas y el de las artes de la clarividencia anticipatoria. Esa parece ser la razón de que los profesores soliciten un saber específico que les permita percibir. La percepción se liga, por un lado, a la necesidad de entender las causas de ciertos comportamientos de los alumnos y, por otro lado, a la constatación de que el trabajo educativo se lleva adelante con personas. Ese trabajo con personas excede la ideología de la buena causa y el buen sentimiento.

“A mí me parece que lo que tiene que saber sí o sí, pero eso no sé si yo estoy tan capacitada para decirlo porque a veces son corazonadas, pero sí debe poder percibir cuando hay algún problema psicológico que está atravesando al chico. Eso para mí es muy importante, más allá de la materia. Porque de acá no va a salir un neurocirujano, vos acá -pienso yo- venís a enseñar Geografía o Historia para que salgan mejores personas, para que puedan ser mejores que nosotros, para que sepan hacer una repregunta, para que no se queden como nosotros que nos hemos quedado en todo. Entonces la idea es que vos no solamente enseñás Geografía sino que enseñás la tolerancia, el respeto, muchas cosas. Cosas primitivas que no las aprenden en la primaria tampoco, como en vez de sacarle algo a alguien de la cartuchera poder decirle ‘¿me prestás tal cosa?’, cosas que hacen a la convivencia. Pero sobre todo esto que te digo, poder percibir si al chico le está pasando algo. (...) Por eso te digo, yo no voy a ser Cristo tampoco, pero uno a veces puede percibir ciertas cosas.” (Docente de Geografía, 5to. año)

“Al principio yo era mucho más exigente y volcada más al saber mismo y menos a ver a la persona, eso al principio pasaba, pero a medida que fui avanzando ya la persona prevalece ¿no?, aunque el saber tiene siempre su lugar importantísimo (...) Totalmente y el conocimiento de los chicos, verlos crecer, sabés perfectamente, no son un nombre, son una persona a la que les gusta tal cosa, a veces en la fiesta de egresados yo les regalo... muchos eligen al profesor que les va a entregar el diploma, siempre acostumbramos una cosita, un regalito. Y les hago normalmente una cartita con cosas de ellos. Y eso para el chico es como... para el chico es importantísimo y para uno también, somos gente...” (Docente de Lengua, 2do. y 5to. año)

Si la persona “prevalece” y ocupa el centro de la preocupación, el saber que se imagina como prioritario no siempre se conecta con la disciplina que se enseña. Si el objetivo no es “transmitir conocimientos” sino formar personas, la competencia muda de lugar. Lo fundamental es la graduación de la distancia, y el compromiso. Y ese gesto no es sin problemas, puede mezclar los tantos y empujar la práctica sistemática de la enseñanza al terreno del exceso relacional.

“Creo que por ahí una de las cuestiones, es el tema del apostolado... es porque uno está apostando mucho más a la persona y es desde acá que se cree que la enseñanza es un apostolado. Porque vos apostás mucho a la persona, sobre todo. Si los chicos saben más, menos, si leyeron “El Quijote” o no lo leyeron...”

hasta es una cuestión que... yo les cuento a ellos... no son mejores o peores personas porque hayan leído esto o aquello, pero sí los va a ayudar.” (Docente de Lengua y literatura, 2º año)

El remedio frente a las mudanzas contemporáneas es el vínculo, ese saber percibir lo que sucede y ese otro saber aproximarse a la vida de los jóvenes. Esos saberes son ineludibles y abren el camino a la entrada de la psicología y otros saberes conexos, más allá de lo estrictamente disciplinar.

“Creo que uno tiene que estar más o menos al tanto de qué les pasa a los pibes y por qué se desenvuelven de determinada manera. Y me falta decir algo: no termino de entender muy bien ¿qué otra cosa debería saber? (...) Bueno, uno ha tenido que aprender cosas de psicología, como para manejar ciertas cosas. Yo creo que siempre habría que estudiar psicología, habría que estudiar ética porque me parece que es importante para manejar ciertos aspectos sociales.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

“Pero también es necesario saber escuchar un poco. Creo que tendríamos que saber algo más de psicología para poder entender a los chicos, a los actuales, porque no somos psicólogos, somos docentes. Quizás lo poco que se enseña de psicología en el profesorado no alcanza. Y la ventaja que tienen los docentes nuevos es la juventud, que los chicos buscan docentes jóvenes (...) Me parece que sí, tienen un punto a favor, es como que los viejos vamos quedando... no sé, nos escuchan y demás pero... ya somos como madres de ellos. “Ud. es como mi mamá” te suelen decir, y ellos necesitan otro tipo de acercamiento también. En eso, los más jóvenes tienen un punto a favor. Pero también escuchar y aprender a ponerles límites, o sea, no ser solamente amigos del alumno. Ese es otro problema que se plantea con los padres: que son amigos de los chicos y no son los padres. Entonces, tienen la ventaja de ser jóvenes, pero tienen que poner los límites en el momento justo para que sigamos siendo ‘alumnos y docente’. No se si quedó clara mi idea. Tiene ventajas y también tiene dificultades.” (Docente de Geografía, 5to. año)

Y si bien es la psicología la que parece proporcionar las claves para el arte de la aproximación y el buen trato, y es también la psicología la que permite escuchar mejor (una psicología entendida como una variante del “humanismo”) también “la psicología” tiene sus límites.

“Mirá, en mi escuela secundaria, cuando yo era alumna, no pasaba lo mismo: el docente no tenía, creo, un acercamiento con el alumnado. Ahora yo apporto mucho de lo mío, de mi historia personal, yo soy tan humana como ellos, a veces parece que uno no entiende nada y en verdad a uno también le pasan cosas (...) Mirá que yo vivo de cerca... los chicos y su contemporaneidad, es decir, sus consumos, lo que escuchan, la ropa... ese tipo de cosas. Yo no tengo nada que ver con la familia de los pibes, yo veo que algunos no son profesores sino que son psicólogos. No, no, digámoslo: yo puedo escuchar, algún día puedo..., pero también hay una cuestión que se está planteando ahora que escucho que este chico no pudo venir a la escuela porque tuvo que quedarse cuidando al hermano, espera, es tu hermano, los que tuvieron hijos son tus papás, sea tu mamá, sea tu papá, no sé, los que tienen que quedarse a cuidar a los hijos son los padres. Tu obligación es venir al colegio porque si no acá está todo mezclado.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

Saber sobre el mundo contemporáneo. No se puede vivir en una burbuja.

Como anticipamos, otro tipo de saber muy demandado es la comprensión del presente. Las transformaciones y los cambios, fundamentalmente en la familia y la relación entre las generaciones, parecen exigir de los profesores un conocimiento particular que por momentos combina la nostalgia por lo que ya no es con la obligación de “estar al tanto”. Como si para poder enseñar mejor se debiera ser un poco psicólogo, un poco sociólogo, capaz de leer el presente; un presente que muchas veces es puesto en entredicho y sobre el cual los profesores en ocasiones reconocen “tocar de oído”.

“En principio, tratar de entender que el alumnado actual no es el soñado en otras épocas, que no se puede vivir de recuerdos, que si volverán o no volverán esos chicos no importa: hay que centrarse en los chicos que hay, con las problemáticas que tienen. Con las familias que tienen. Yo en un de los cursos que doy decía que esta generación es la tercera generación de desocupados, que tienen a sus papás desocupados, que vieron a sus abuelos desocupados. Y ellos, por herencia, no piensan ser otra cosa que desocupados. Hay una bajada en ese sentido. Si el colegio es lo que te lleva a tener un trabajo y más, y el chico no lo ve ¿para qué está el colegio? Los alumnos que hoy tenemos tienen padres atrás que no los apoyan muchas veces, en la mayoría de las veces, en la importancia que es estudiar, en el trabajo. Tenemos chicos con problemáticas que quizás antes no tenían, como por ejemplo yo entrevisto mamás con sida, papás drogadictos.”
(Docente de Matemática, Física e Inglés, 2do. y 5to. año)

“Centrarse en los chicos que hay” y no en los que quisiéramos que hubiera, requiere disponer de información sobre numerosas transformaciones epocales: el mundo del trabajo, la desocupación y la marginalidad creciente, las mudanzas en la familia, la política, la economía, etc. En las antípodas de un supuesto profesor tradicional que “sólo da su clase y se va”, los profesores evocan un modelo de profesor “todo terreno”, que toma postura, mucho más ligado al mundo de los chicos que al de los viejos.

“Además, vos no podés dar clases y no saber quién es el presidente de la nación, o qué es el ‘Grupo de los 8’, o que existe un Chávez, o que en el Chaco está el impenetrable en donde habitan Wichis que no tienen para beber y que se mueren de enfermedades que son controlables. (...) Y el conocimiento de las nuevas tecnologías, al menos para saber qué le puede servir y que cosas no, para qué se puede usar un teléfono celular (como cuando hicimos lo de las poesías colectivas). Pero tener en cuenta también que el teléfono en clase molesta. O sea: saber qué usos se le puede dar a un blog, a un DVD, a una computadora y tener presente también que cualquier uso de la tecnología no siempre es provechoso, tener un criterio y una postura clara: cuando vos planteás tus posturas claramente, los chicos te las respetan. Y tomar postura por las cosas, algo que no sé si los adultos en general están haciendo y eso afecta también a los docentes ¿no?” (Docente de Lengua, 2do. año)

Sabe quien no vive en una burbuja. Sabe quien conoce la actualidad, quien está en contacto permanente con lo actual, un hombre de este mundo y de este tiempo.

“Creo que también tienen que estar al tanto de la realidad, no vivir en una burbuja, conocer las problemáticas sociales, un montón de temas, pero sobre todo las problemáticas sociales que es un punto fundamental. Hay que tener un poco de

conocimiento de lo que es la sociedad hoy y las problemáticas que atraviesan a los chicos hoy, por que si no es como que no puedes llegar al chico (...) Medios de comunicación, la lectura del diario, desde la lectura con el papel o en del diario electrónico que es lo mismo, es decir, es fundamental al menos saber qué es lo que está pasando en el mundo. Si se derritió el glaciar o si sigue estando ahí. Los chicos, cuando se les habla de cosas actuales, se enganchan mucho. Entonces, por ahí, al estar vinculados con esta realidad el chico hace un “clic” más grande en la mente con la materia.” (Docente de Matemática, 5to. año)

La realidad es el presente, y el presente requiere atención y conocimiento. Se trata de estar al tanto, de no mirar para arriba. El contexto o el entorno, siempre cambiantes, demandan una actualización que tienen más que ver con cierto empeño militante del propio docente que con el dictado del curso tradicional. En todo caso, la materia obligatoria para ejercer la docencia (y a la que no se le encuentra un nombre justo) parece ser “el presente”.

“Y tendría que saber un poco, estar al tanto de la realidad que viven los chicos, las familias, nosotros mismos, porque también nosotros tenemos nuestros rollos y nuestras dificultades. En este momento no se me ocurre otra cosa, me parece que habría que estudiar un poco la realidad social, tendría que haber una materia que le permita ver, entender que yo no voy a enseñar en la zona ideal, ni en el aula ideal. Ni en el colegio ideal. Pero no se cómo se podría llamar esa materia. (Docente de Lengua, literatura y latín, 2do. y 5to. año)

“Además de los saberes específicos, disciplinares... no vendría mal cierta capacitación en el área de la psicología del adolescente, en las problemáticas de los adolescentes de ahora. No estaría de más saber más sobre tema drogas, alcohol, sexualidad... temas que conocemos como padres pero que tocamos muy de oído y tener una capacitación con especialistas no vendría mal, vendría muy bien, me parece” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

“El presente” transformado en objeto de saber, proporciona orientación y entrenamiento para enfrentar los cambios inesperados.

“Yo creo, como les decía antes, que un profesor hoy tiene que saber entender a sus alumnos, conversar con ellos, revisar el modo en que da sus clases todo el tiempo porque la velocidad de los cambios en los chicos te obliga cambiar las estrategias y a estar atento a esos cambios. Si no, es muy posible que la tarea de enseñar se vuelva cada vez más complicada y desgastante para el docente y para los alumnos también.” (Docente de Derecho y Cívica, 4to. y 5to. año)

Se entiende al alumno no sólo cuando se lo conoce sino cuando se conoce el mundo que lo rodea, su entorno, sus gustos, etc. No se puede no saber quién es el “chico”, pero menos aún no se puede no saber qué hace cuando no está en la escuela.

“Sí, no se puede vivir en una burbuja, tiene que saber cuál es el entorno de los chicos. Esto es todo un problema porque a medida que van pasando años uno cada vez sabe menos de los chicos. Esto es una realidad aunque no quiera acerca del entorno de los chicos y también tiene que ver con una vocación o con las ganas que tiene uno de conocer acerca del entorno de los chicos. Porque si no te importó nunca en realidad tampoco importa que tengas cincuenta años y la diferencia generacional es muy grande para entender el marco. No, no pasa por

ahí. No, no, pero al menos es una de las condiciones para el abordaje, para el acercamiento.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

Saber decir no sé. Sé, pero no soy un sabelotodo

El reconocimiento es gratificante. Pero ser reconocido no implica saberlo todo. Los estudiantes valoran el conocimiento pero también el error que es “humano” o incluso, humanizante. Si como hemos planteado, el profesor precisa disponer de un saber “percibir”, el estudiante también precisa disponer de un saber reconocer y distinguir. Por otro lado, decir “no sé” y que ese “no sé” provenga del que sabe más, abre la rigidez del intercambio y predispone a la búsqueda, a la curiosidad, al trabajo conjunto.

“Y alguna vez alguien me ha hecho una pregunta y le tuve que decir, ‘mirá, te lo averiguo para mañana’. Me parece que es normal que eso ocurra. Siempre y cuando esa pregunta sea bien intencionada. Porque puede ocurrir que un alumno me haga una pregunta y no se la haya sabido responder. A veces me ha pasado que me preguntaron ‘¿Qué quiere decir tal palabra?’ Y le pude decir ‘no sé, la voy a averiguar para mañana’. Lo que me parece jodido es que el pibe se da cuenta de que lo verseás, o que pretendes de él lo que vos no tenés, algo así. Algo que yo digo pero que no hago. Me parece que el pibe se da cuenta y si comprueba y percibe que vos sabés, creo que te admira profundamente y te lo demuestra con determinadas actitudes (...) te demuestran respeto y cariño si ven que vos les servís para crecer.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. y 5to.)

“Yo les digo ‘ustedes aporten todo lo que quieran’, incluso dejamos incógnitas, cosas para averiguar, porque uno tampoco es un sabelotodo, desde ya. Pero si no sé responder, no sé, ‘ese tema no lo manejo’, demostrando que uno tiene un conocimiento en un tema, más que ellos, que lo estoy escuchando y que el conocimiento por el lado de la geografía está de mi lado. Y si no sé algo, no lo sé, lo averiguamos, lo vemos, lo buscamos. Creo que eso es muy importante” (Docente de Geografía, 5to año)

Si, como hemos señalado, no se puede no saber quién es el alumno, tampoco el profesor puede ignorar el conocimiento y el reconocimiento que los alumnos hacen incesantemente de cada uno de sus profesores. Los profesores saben que están siendo evaluados, estimados, puestos a prueba.

“Una sola vez me pasó hace unos años que justo mi marido se había quedado sin trabajo y yo vine a dar clases muy angustiada y más allá de que sabía muy bien el contenido de la clase de ese día, no podía ni hablar porque me sentía muy mal. Y uno de los chicos saltó y me dijo: ‘¿qué pasó profesora, no estudió para hoy?’. Entonces yo hice un silencio y me dije ‘lo tengo que blanquear’ y se los dije: les conté lo que me pasaba, que mi marido estaba desempleado y demás y lo entendieron. De hecho, al final de la clase el chico que me lo había dicho me vino a pedir disculpas. Por eso creo que los chicos saben muy bien quiénes son los docentes que vienen, que trabajan, que se forman, y quiénes son los que faltan, los que se quedan tomando café, ellos lo saben.” (Docente de Historia, 2do. año)

El desafío y el ser puestos a prueba no son estorbos sino oportunidades para mostrar que las cosas funcionan. “Si cuestionan, algo bueno está pasando”. Los profesores propician el cuestionamiento y lo extrañan cuando es escaso.

“Ahora no me pasa tanto porque la verdad que noto que los alumnos para el análisis ya no tienen para aportar nada. Que se quedan muy conformes con lo que les doy. Antes el análisis se construía más entre todos. Había cuestiones en las cuales ellos habían hecho unas lecturas que a mi no se me habían ocurrido, y que de repente yo al principio decía ‘está mal’, y después me daba cuenta que la lectura también era pertinente, y empecé a tratarlas en el análisis. Yo creo que eso era interesante, lo que pasa es que ahora no pasa.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

“Sí, muchas veces, yo creo que es natural que los alumnos cuestionen el conocimiento que los docentes les enseñan. Y de hecho, sería preocupante que no fuera así ya que hablaría de una apatía total o de una falta de observación crítica de lo que se les enseña en la escuela. Pero como hablábamos antes, el hecho de que los alumnos te pongan a prueba con preguntas complejas, que puedan cuestionar el conocimiento que se les brinda, que te exijan más, son todos síntomas de que algo bueno está pasando con sus alumnos. Lo tomo como un indicador de interés y en general los alumnos que más cuestionan y exigen más del conocimiento del profesor suelen ser alumnos muy buenos, que se enganchan con los contenidos y que en general les va muy bien.” (Docente de Derecho y Cívica, 4to. y 5to. año)

Por último, admitir el no saber de todo, reconocer no saber todo, fomenta la reflexión y permite percatarse de la diversidad y divergencia de posiciones. El resultado es una versión del adulto (que los estudiantes pronto serán) más verídica y menos pretenciosa.

“Al contrario, yo quiero que polemiquen, que debatan. Yo les digo el primer día: ustedes tienen que tener una actitud humilde desde lo social, siempre una actitud humilde porque hay un montón de miradas que no me las da solamente la posibilidad de charlar, yo tengo que leer, ver distintos puntos de vista. Tratamos de ver siempre cuál es la fuente, quién está opinando. Que esa actitud de humildad también pueda darse en la clase, decir ‘yo pienso tal cosa porque leí esto, porque tuve esta experiencia’, y que no siempre va a ser la opinión del profesor, pero tratamos que sea polemizada, me encanta la polémica porque esa es la Historia, si no sería una sola mirada. A pesar que, bueno, algunas situaciones que ellos saben que yo soy muy clara en la mirada del pasado.” (Docente de Historia, 5to. y 2do. año)

Un profesor sabe si sabe pensar nuevamente, o si sabe pensar de otro modo lo pensado.

“Si el cuestionamiento viene de alguien que no te lo hace con mala leche al contrario, yo creo que muchas veces digo ‘vos sabés que tenés razón, yo creo que lo podemos incorporar eso’ porque me parece muy interesante para un alumno darse cuenta de que el adulto es capaz de repensar eso porque me parece que es muy productivo para él” (Docente de Lengua y Literatura, 2do año)

Es que sabe también quien logra hacerse reconocer. Como sugerimos en la introducción de este informe, una sospecha rodea la tarea profesoral; los profesores, ¿saben o no saben? Como hemos de ver, abunda el “a mí nunca me pasó”. Los relatos muestran respeto y reconocimiento, cuando los evaluadores son los alumnos. Al mismo tiempo, la mayoría de los profesores asegura que los estudiantes

creen en su saber y que rara vez lo ponen en cuestión. Cuando la pregunta procura determinar si alguna vez fueron cuestionados, todos empiezan su relato diciendo: no, nunca, jamás... A nadie parece haberle pasado. Si bien el “no” rotundo, rápidamente vira en un “tal vez...”, casi ninguno admite haber fracasado. No sucede lo mismo, como veremos inmediatamente, cuando se trata de “padres” y “medios”.

Aunque existen algunas excepciones, la impresión de conjunto es que no es el saber lo que se pone en entredicho. En todo caso, los estudiantes ejercen una especie de antiguo derecho al desafío, ejemplificado en la necesidad de poner a prueba la idoneidad del que ha decidido enseñarles algo. Desafiar no necesariamente es objetar. Muchas veces este desafío es silencioso y procede por vía de la comparación con otros docentes. En otros casos, se emparenta con la rebeldía clásica del universo juvenil. Ese derecho se ejerce más ostensiblemente en las clases de Ciencias Sociales que en las de Matemática donde el saber es casi inobjetable.

“No, a mí lo que me pasa, quizás, desde que empecé a dar clases... es que al principio, quizás cuando me ven comparando con el resto del plantel docente, te ven joven. ‘¿Qué sabe?’ ‘¿Cómo la vamos a pasar por encima?’ ‘¿Qué autoridad tendrá?’. Yo me doy los quince primeros minutos para mostrarles que no estoy puesta a dedo, que me lo tengo bien ganado, que no es un trabajo que... no es que yo mandé currículum para promotora, para oficinista, para telemarketer. Es algo que yo me preparé, que elegí. Que es una carrera que amo.” (Docente de Matemática, Física e Inglés, 2do. y 5to. año)

“No, en general ellos aceptan lo que les digo. Ellos saben que yo tengo cierta preparación y además yo trato de mostrarles que hay diferentes versiones sobre los mismos temas, que no hay una única lectura de la historia y yo veo que pasa con otros colegas míos que los chicos se les ríen, lo ponen a prueba, lo cargan, y conmigo eso no ocurre” (Docente de Historia, 2do. año)

Sabe quien sabe mostrar que sabe. Cuando los profesores describen el camino que conduce al reconocimiento, hacen coexistir “preparación” con “amor”, vocación con profesionalismo.

“Todo el tiempo mi saber es puesto en cuestión, todo el tiempo mi saber es puesto en cuestión y de muchas maneras. Algunos, los más agresivos, los más rebeldes, aunque no directamente, me hacen sentir que para ellos soy una vieja tarada que no sabe nada. Un dinosaurio (...) Estoy más paciente y puedo como dejar pasar estas belicosidades y seguir intentando. A veces, algunos cuando vos le decís: pero ven esta palabra, esta palabra viene del griego y viene del latín y ahora resulta que ustedes la usan y le dan este significado. ‘ah, mirá la chabona esta...’ bueno viene del latín... bueno de vez en cuando podés decirles leer un poco vale la pena... ‘vieron ‘La guerra de los mundos’..., la de Tom Cruise... sí, bueno es malísima, sí estoy de acuerdo con ustedes, es malísima, pero ¿por qué?’ Y no te dicen pavadas, los chicos cuando juzgan los productos mediáticos y audiovisuales, no se comen cualquiera” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

La manera de cerciorarse respecto a la legitimidad del propio saber, varía. Para algunos, se funda en el silencio y la escucha respetuosa. Es el conocimiento de la disciplina y de los recursos que acabamos de enumerar, lo que vuelve innecesario

el uso de la fuerza y banaliza el autoritarismo. Para otros, es el estatuto mismo de la disciplina que enseñan (por ejemplo “matemática”) lo que garantiza el prestigio.

“Yo creo que los chicos creen que sabemos porque escuchan. Y no hay muchas herramientas con las que los chicos estén tranquilos en clase. La autoridad, pero la autoridad uno la enfoca con el conocimiento. Uno no la impone con sanción. Una la impone respetando al alumno, respetando sus derechos y mostrando que uno tiene conocimientos, que en este tema que estamos hablando, el que tiene conocimientos soy yo” (Docente de Geografía, 5to. año)

“Los chicos en general siempre creen que el profesor de matemática sabe más. Así como hay un prejuicio con la matemática de que es una materia difícil, imposible de rendir, etc., también hay como una idea de que el profesor de matemática te lo imaginás arriba de una tarima. A mí me preguntan, ¿de qué trabajás? ¿Profesora de qué? Matemática, digo. “¡Ahhhhh!!!” En mi caso yo lo que tengo, no quiero resultar soberbia, no soy estrictamente matemática, ni tampoco soy fanática de la matemática, es decir, yo tengo claro que elegí la vocación docente, lo que me salía mejor y más fácil, siempre fue la matemática, entonces apunté para ese lado. Pero mi vocación es docente. Entonces yo busco acercarme a los chicos utilizando la matemática y no busco matemáticos. Por lo tanto, los chicos me ven como una persona que sé matemáticas, porque tengo un saber que a veces se quedan sorprendidos cuando uno hace una cosa que parece imposible de hacer, pero que soy un ser humano como cualquier otro que puedo bajar del lenguaje matemático a algo que ellos puedan entender, porque viste que a veces eso también tiene que ver, el lenguaje matemático a veces es difícil, los profesores nos enroscamos mucho con el lenguaje, cuando bajamos al lenguaje de ellos y podemos traducirlo parece que te volvéis más humano (Docente de Matemática, 2do. año)

No saben nada. El saber profesoral en la picota

Reconocer el valor del oficio docente nunca ha sido una tarea sencilla. Tironeado entre relatos nostálgicos que describen una época dorada de la tarea profesoral y añejas desconfianzas hacia el arte de la instrucción metódica, la práctica sistemática de la enseñanza en las escuelas secundarias, como tantas otras prácticas, parece estar hoy bajo caución.

Los historiadores de la educación afirman que fue gracias al éxito de una poderosa alianza (entre la escuela y la familia) que los sistemas educativos nacionales fueron capaces de encontrar una parte considerable de su probada eficacia. Y fue en el interior de esa misma alianza donde las sociedades autorizaron a los profesores, como agentes transmisores privilegiados, garantes y hacedores de la movilidad de cientos de miles de ejemplares nóveles. Sin embargo, los relatos profesorales que hemos conseguido reunir, parecen hablar de otra cosa. Existen indicios suficientes para sugerir que la mentada alianza está en la picota. La palabra preferida por nuestros informantes es “devaluación”. Devaluación múltiple, del saber, del esfuerzo, de la exigencia, del adulto, de lo viejo, y por ende, como efecto final, del profesor. Al menos éste parece ser el caso cuando uno se aproxima a unos de los polos de la alianza, nos referimos a “los padres”. Otro tanto parece ocurrir cuando son “los medios” o “la sociedad en general” los que descargan juicios sobre el trabajo de los

profesores. Intentamos obtener información sobre la percepción que los mismos docentes tienen acerca del trato que los medios y la sociedad le dan a su labor.

El valor de lo que no requiere esfuerzo. Una encrucijada.

Por un lado, identificamos en las respuestas de los profesores una serie de problemas ligados al par esfuerzo/exigencia. En el interior de ese par, es relativamente sencillo advertir que para los enseñantes, los padres actuales participan activamente con los jóvenes en la confección de la siguiente paradoja: se le otorga valor a lo que no tiene valor, se premia el esfuerzo de lo que no demanda ningún esfuerzo.

“La educación en sí está muy desvalorizada, se valorizan otras cosas, se valorizan cosas que no requieren esfuerzo, los chicos tienen ídolos que duran dos días y van cambiando permanentemente, y los padres... si hay, por ejemplo once docentes, se agarran del que falta y los demás no sirven tampoco... Está todo muy desvalorizado” (Docente de Geografía, 1er. y 5to. año)

“Sí, absolutamente, tengo muchos problemas. Y tengo muchos problemas con lo que tiene que ver con la exigencia (...) Yo creo que en realidad, no es que te plantean directamente que yo soy exigente, no te lo plantean así, pero... sí te das cuenta que tiene que ver con que vos sos exigente” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

Por el otro, en la exaltación de lo fácil y de lo relativamente sencillo de obtener, lo que cuesta poco o nada, se identifican comportamientos tales como la inmadurez o la falta de responsabilidad que opacan la clásica asimetría intergeneracional.

“Los adultos hemos tomado en este último tiempo una situación de mucha inmadurez... Entonces, desde este lugar, se piensa como que la educación, es algo que yo muchas veces protesto hasta con los chicos: piensan que la educación es gratis. La educación no es gratis, la educación cuesta tiempo, cuesta plata, el tiempo también es plata (...) Entonces, de pronto los padres creen -y los chicos también lo creen- que con solo venir a la escuela basta, es como que una cosa es venir a la escuela y otra cosa es estudiar. Esto ellos lo tienen muy claro, eh. Son dos cosas distintas. Bueno, pero venir a la escuela, para qué, para calentar la silla quedate en tu casa y que tu mamá se haga cargo y ese es el problema del rol que está cumpliendo la escuela en este momento. (...) (Docente de Lengua, literatura y latín. 2do. y 5to. año)

“*Absolutamente, absolutamente...*”, responde enfáticamente una profesora cuando le preguntamos si los padres cuestionan su saber. Es que los profesores constatan una mudanza en la posición del adulto al reconocer que los padres cultivan cierto elogio fácil de la novedad y cierta identificación con la frivolidad generalizada, principalmente ofertada televisivamente y subsidiaria de la compulsión al cambio, o de la adaptación silenciosa al cambio.

“Padres que te dicen: ‘pero estas cosas que usted les da para leer... ¡qué aburrido! ¿No hay nada más nuevo, nada más divertido?’ Entonces bueno, son los valores de la novedad, de la diversión, son los valores de esta sociedad. Los padres por ahí tienen 35, 40 años y... un poco también están con esta idea de que todo tiene que ser divertido, ‘light’, etc. ¿No? Y vos les decís que la escuela no es un lugar para divertirse, es un lugar para aprender, que para eso, para

divertirse está el club, el boliche, la disco, etc. Pero es la demanda de lo divertido (...) La frivolidad, la banalización, el postmodernismo, llámale como le quieras llamar. El saber está devaluado, por un lado y, por otro, los últimos cursos que estoy haciendo me dicen que el siglo XXI es el siglo de la información y que los que no accedan a la información van a ser los nuevos excluidos del planeta. Entonces vos decís ¿cómo es esto? Yo no quiero que mis alumnos sean los excluidos del siglo XXI, pero lo que yo tengo para darles, ellos no lo quieren recibir... y la demanda de los alumnos, de los padres y del afuera de la institución escolar es que la escuela es una institución arcaica y los docentes somos dinosaurios. Estamos en una encrucijada” (Docente de Lengua y Literatura, 2do año).

Para algunos, incluso, es el pedido de esfuerzo y exigencia lo que paradójicamente desata el conflicto, a la vez que ata las manos enseñantes:

“(...) Me han dicho muchas veces, sobre todo cuando el padre es docente también aunque no exclusivamente, que no comparten lo que vos das, tus métodos de evaluación, tus criterios de corrección, etc. Me ha pasado una vez con un padre al que le tuve que decir ‘mire, la única forma que yo veo de resolver esto es que usted se anote en un profesorado, venga en mi lugar, tome mis horas y venga acá a dar la clase, porque mientras yo esté acá las cosas van a ser así’. (...) O sea, nosotros preparamos todo para que no haya problemas, pero en cuanto llega el momento en que ellos tienen que hacer algún esfuerzo empiezan los conflictos, y muchos padres los avalan.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

Probablemente, la encrucijada sea más compleja de lo que aparenta ser. Como dijimos, enumera problemas. Los que atañen a la relación siempre difícil entre presente, pasado y futuro, entre tradición e innovación, entre lo arcaico y lo puramente actual, pero también problemas que insisten en señalar la omnipresencia de la demanda en la direccionalidad de la oferta educativa.

¿Clientes (infantiles) insatisfechos?, o ¿en quién creer más?

La distancia que separa la sospecha o la desconfianza, del pasaje a la acción, se ha vuelto difusa. Las situaciones son recurrentes; el padre abandona lo absolutamente episódico y se transforma no ya en “el que una vez vino”, sino en el que viene, el que vendrá en cualquier momento. Existe un excéntrico temor profesoral: el temor al padre. Los profesores recuerdan que el padre no siempre “viene” feliz y ávido de intercambiar información o compartir una experiencia. ¿Con qué fin “viene”? ¿En quién cree más?”

“Los padres vienen. No demasiado, pero han venido a cuestionar... no desde el saber, sino desde un tema de que quieren defender al hijo. Pierden totalmente la objetividad, y ellos quieren a toda costa que se lo apruebe, se convierten en cierta forma ellos en más infantiles que los hijos. Se hacen eco de quejas que saben que no tienen el más mínimo sostén” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

“Mirá, una vez tuve un padre que vino con una prueba diciendo que esa prueba no la puede contestar nadie y cuestionando la nota, obviamente. Pero una sola vez. Y la respuesta fue ‘si hubiera estado en clase, hubiera podido responder la prueba’ porque yo por lo general, y eso lo saben todos, nunca tomo algo que no

haya enseñado. Así que si el chico estaba mirando para otro lado es problema de él.” (Docente de Historia, 2do. año)

“Puede pasar que venga un padre a increpar, directamente... Por eso uno tiene que saber enfrentar esa situación y dar vuelta la situación, para eso no estamos preparados...” (Docente de Geografía, 1er. y 5to. año)

La aparición de la agresividad no es habitual pero lentamente parece tornarse recurrente. Desplaza, además, la importancia del saber y del saber enseñar, a la vez que emula cierta furia contemporánea de consumidores desencantados con “los servicios”, incluidos los educativos. Allí donde la cesión del hijo a la “maquinaria escolar” se acompañaba de una dosis imprescindible de confianza, encontramos hoy un litigio o un conflicto inminente.

“La preocupación está desplazada de eje, en mucho padres la preocupación es ‘mi nena es así, no me lo toques, no sé si le enseñás o no le enseñás, pero no me jodas’... Al día siguiente de enterarse de la nota vino la mamá, intentó disuadirme que le dejara ese promedio, yo le expliqué por qué. No lo aceptó. Me dijo usted ya tuvo problemas con mi hija antes, no se olvide (...) Fue y al día siguiente vino con el marido, a apretarme, me tuvieron una hora, pero ya fue de otro tenor la conversación. Agresivo. Ahí me dio un poco de miedo. Y al día siguiente me llamó la Vice y me dijo: han presentado esta nota. Y yo tuve que cambiar la nota. Porque por mi integridad psíquica y moral, y profesional, yo no podía correr el riesgo de que esa nota trascendiera, porque era una nota tan agravante y tan jodida. Y sorprendente, por que yo no podía creer lo que esa nota decía. Pero eso no es lo habitual (Docente de Lengua, literatura y latín 5to. y 2do. año)

Algunos rememoran, con tímida nostalgia, un tiempo (probablemente inexistente) en el que nada se objetaba, nada se cuestionaba, nada socavaba la autoridad del profesor. Amparados en el conocido berretín del exceso “autoritario”, se extraña el carácter indiscutible de la decisión profesoral. Nadie parece tener tiempo para preguntarse por qué un profesor es más importante que un hijo.

“Con respecto a si los padres valoran a los profesores, lo que tienen muchos padres actuales es que lo que el hijo les diga es más importante para ellos que lo que les pueda decir un profesor. Y se acercan muchas veces con actitudes muy agresivas y con la palabra del hijo como única palabra. ‘Usted no sabe’. Antes lo que decía el profesor no se discutía, que tampoco no sé si está bien, porque era muy autoritario, el profesor también se puede equivocar.” (Docente de Lengua, literatura y latín, 5to. y 2do.)

Todo indica que para los padres el Profesor es culpable hasta que demuestre lo contrario. Y eso parece pesar cuando afirman en voz baja, dando respetuosos rodeos, que los padres parecen ignorar dos veces su propia responsabilidad: primero, al negar la falla de su propio hijo en su desempeño; segundo, al ignorar su propia falla, al resistirse a ser incluidos ellos mismos en la cadena causal que provoca la falla, o el tropezón.

“Si incluso a sus papás, cuando los entrevistamos, (los alumnos) les dicen “vos calláte, que decís”... Muchos padres de los que salen a gritar por ahí, salen a gritar para tapar otras cosas, sus debilidades, o en lo que estén fallando” (Docente de Lengua, literatura y latín, 5to. y 2do. año)

Responsabilizar al docente del fracaso estudiantil es una operación lógica pero compleja. Cuando el “victimario” es el padre, la asimetría cognitiva minoriza el reclamo. El consentimiento parental no sólo puede hacer titubear el saber profesoral sino que puede agobiar a los alumnos.

“Claro, porque ante todo vos sos culpable. Si el chico se saca un 1 es porque vos no diste bien tu materia; o porque no te hiciste entender que el trabajo era para el lunes y no para el martes; o porque vos pediste una cosa exorbitante como que te entreguen el trabajo en un folio; vos sos culpable de todo. Yo entiendo que acá ante las autoridades de la escuela, ante el supervisor, hay que rendir cuentas de ciertas cosas, pero hay muchas que exceden eso. Y hubo veces donde tuve que aprender a decir ‘hasta acá es lo que tengo para decir, esta conversación no tiene sentido en este ámbito, si quieren esto se tiene que ver en una evaluación’. Me pasó de padres que llegan 3 minutos después de que das las notas para quejarse por el hijo ¿cómo se enteran tan rápido?: por los celulares. Tardabas más vos en terminar de dar las pruebas que el padre en llegar, era una cosa que se te iba de las manos.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. año)

La puesta en cuestión de la autoridad profesoral reenvía a la pregunta iniciática sobre el acceso a la docencia. ¿(No) cualquiera puede ser profesor? Los profesores insisten en denunciar la falta de información de los padres sobre el tenor y la magnitud de su trabajo. Como consecuencia, al borde de la queja, el profesorado se lamenta de la falta de reconocimiento de su tarea. El lamento, como la victimización, no recubren las numerosas operaciones que el reconocimiento activa. Un camino que se toma para comprender el comportamiento parental es el del desconocimiento: “no valora mi trabajo porque no lo conoce, tiene una visión distorsionada de lo que hace un profesor”. Si la causa de la falta de reconocimiento está en la desinformación la solución es informar y explicar. No cualquiera puede ser profesor.

“(…) ahora, ¿por qué socialmente el docente está mal visto?, la verdad creo que nos engloban mal, cuando yo estudiaba el docente era el docente, el maestro el maestro, el profesor el profesor. Hoy en día parece que para los padres cualquiera podría ser docente, o ser profesor” (Docente de Geografía, 1er. y 5to. año)

“(…) Lo asocio con la desinformación que tienen, aunque sea gente que convive conmigo, mi marido, mi hermana, mis tíos, que son los que siempre están, no entienden, o no se dan cuenta lo que uno trabaja extra. Aun yo a veces me propongo no llevarme cosas para corregir y lo planifico y es imposible no hacerlo, no puedo no hacerlo, todavía no encuentro la forma porque es un tema hasta causal de divorcio. Realmente trato de optimizar los tiempos, pero me gusta traer material. Hoy vine con tres bolsas, con las láminas del renacimiento y los libros y porque me gusta mezclarles la matemática con eso. Pero bueno, si no estoy en mi casa la noche anterior buscando los libros, los chicos no los van a ver” (Docente de Matemática, 2do. año)

Explicar, informar, dar a ver. Casi como un alumno más, el padre requiere una metodología particular.

“En general estoy más en contacto porque trabajo en primaria. Estoy en todos los niveles más o menos. También hago tutorías. Tengo un panorama completo. Pero en general no, nunca tuve cuestionamientos. Nunca ha venido un grupo de gente a hacerme un cuestionamiento de por qué enseñó tal cosa o tal otra, o por qué las

evaluaciones, yo les aclaro, les marco el error, cuando viene a retirar la evaluación se las entrego en mano, les pido que miren cuál es el error, que pregunten. Entonces eso genera que no tenés al padre en la escuela preguntando... hay cuestionamientos de papás que no entienden o que les parece... creo que hay que explicarles también, porque es constructivo: en donde se equivocaron y vos se lo remarcaste, ese error no lo vuelven a cometer en general, entonces sirve. Todo lo que sea para aportar hay que tomarlo.” (Docente de Matemática, 5to. año)

Probablemente la duda del padre no radique tanto en el conocimiento sino en cierto temor de despersonalizar el trato con su propio hijo. La duda o sospecha, parece también habitar en el manejo (erróneo o imprudente) de las situaciones. Tal vez estemos frente a una nueva versión de la vieja educación personalizada, escondida detrás de la cuestión de la diversidad, o tal vez frente a la emergencia de un nuevo malentendido montado sobre la desconfianza mutua.

(...) yo no tengo dudas de que ellos duden de que nosotros sepamos. Lo que ellos tienen dudas de que sepamos manejar al alumnado actual. No dudan de nuestros conocimientos, sí muchas veces de cómo nosotros manejamos ciertas situaciones de que sus hijos no pertenecen a determinado sector conflictivo de alumnos. En un grupo que hay chicos así y así, ¿cómo vos vas a saber manejar esa diversidad? Eso es lo que yo creo que ellos sienten que nos falta capacitación o a veces darnos cuenta de que no son todos iguales, pero no de los contenidos.” (Docente de Lengua y literatura, 2do. y 5to. año)

Sin embargo, no todo es desconfianza. Por un lado, los docentes encuentran distintos niveles de gratificación en su tarea. Por el otro, el carácter todavía marginal de las visitas parentales dotadas de agresividad, coexiste con señales tenues de reconocimiento. Algunos asocian el comportamiento parental a la formación universitaria. Otros al lugar de procedencia.

“Y los padres... Sí, están los que conservan así una consideración excesiva, no digo que es excesiva, pero una gran consideración hacia el docente, son los chicos tipo un coreano, un japonés. Ahí los padres jamás vienen a decirme nada y se esfuerzan, mirá que tienen problemas con la lengua, las preposiciones pobrecitos para ellos... Una consideración grande. (Docente de Lengua y literatura, 2do. y 5to. año)”.

¿Los medios amigos? Muy pocas veces vi entrevistar docentes...

Los profesores coinciden en la percepción de que los medios mienten, exageran o bombean. Rara vez consultan a los profesores, se alían con los padres, critican y responsabilizan a los profesores del deterioro educativo generalizado. En el ninguneo mediático (como en parte sucede con la desavenencia parental) se disuelve la autoridad del docente. La sensación es de tristeza y desamparo.

“En principio me da mucha angustia y tristeza cuando hablan, cómo fundamentan las cosas, si es que las fundamentan. Ahí ya siento la diferencia entre quienes están hablando y nosotros. Segundo, creo que lo que se está poniendo en duda es la autoridad docente. Vuelvo a repetir, nunca escuché decir que el docente de media actual no tenga los conocimientos necesarios a nivel contenidos, sí el

problema de autoridad. Pero el problema está, los medios no van más allá porque muestran cosas de padres que están protestando en la calle. Muy pocas veces vi entrevistar docentes, muy pocas veces. Siempre levantan información de los padres y después hacen una conclusión sobre eso, que sabemos que para armar una conclusión hay que escuchar a todos los que abarca. El tema de autoridad está en que muchas veces el chico viene con un problema de imagen de autoridad de la casa, que no la reconoce. Entonces es imposible que no reconozcan la nuestra. Yo sé lo que pasa dentro del aula, entonces esto de venir a preguntármelo a mí es lo mejor que se puede hacer” (Docente de Lengua, literatura y latín, 5to. y 2do. año)

Amparados en la obligación de informar y en la supuesta objetividad, no miden las consecuencias de sus sermones. Porque los profesores experimentan lo mediático como una evaluación, un examen permanente de sus capacidades y de su comportamiento ciudadano.

“Los medios generalmente bombean mal contra nosotros. No tienen objetividad ni medida ni discreción. Ellos cuando anuncian que hay paro docente siempre deslizan un tinte de evaluación. Por ejemplo decir: ‘Lamentablemente los alumnos están de nuevo sin clases’, yo creo que está teñido, es un reto para nosotros (...) Desgastando todo el tiempo, que los profesores tendrían que ser esto, y lo otro. Yo creo que el periodismo no está al tanto de lo que ocurre en el aula. Son atrevidos en el modo de mirar la educación, creo que no saben nada ellos. Entonces se atreven a opinar. Y me parece que no tiene elementos, ellos nunca están dentro del aula para ver lo que pasa, y mucho menos tiene elementos para decir si yo sé o no” (Docente de Lengua, y literatura, 5to. y 2do. año)

Cierta indignación profesoral no tarda en manifestarse. Es que lo que está en juego es el esfuerzo y el valor concomitante. El elogio de lo fácil y lo inmediato coexiste, en la perspectiva de los docentes, con la desvalorización de su tarea.

“Como que socialmente hay una forma de percibir el saber, el valor. De lo inmediato. Hoy se lee menos. Quedo antigua al decir esto, pero es así, por eso las faltas de ortografía, la dificultad de dar un discurso claro. Nosotros les decimos a los chicos, el día que tengan una entrevista de trabajo les van a pedir por más que manden el currículum por Internet o una carta, los van a sentar a los cuatro o cinco, y tienen que saber escribir por ustedes mismos. Expresarse por ustedes mismos, no depender de la PC. Entonces todo eso también es un producto de la sociedad. Yo creo que no solo eso se desvaloriza, para dar un ejemplo, que este es tu trabajo en general se desvaloriza el conocimiento. Y nosotros tenemos un instrumento para el conocimiento, pero en general se desvaloriza.” (Docente de Historia, 2do. año)

La devaluación no es sólo patrimonio de los enseñantes. En los relatos parece residir en múltiples y distintos espacios de la sociedad.